

## Cien años no es nada

RAFAEL MC NAMARA

(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



**Reseña de Tatián, Diego, *La incomodidad de la herencia*. Breviario ideológico de la Reforma Universitaria, Córdoba, Encuentro Grupo Editor, 2018, 66 pp.**

Recibida el 15 de agosto de 2018 –

Aceptada el 30 de agosto de 2018

Con la muerte pisándole los talones, Walter Benjamin escribió que toda generación recibe de las que la precedieron “una débil fuerza mesiánica”, y que no hay emancipación posible sin una respuesta que asuma como propia esa interpelación del pasado. Esa fuerza irrumpe, a veces violentamente, en algunos acontecimientos señalados, como signo o ensoñación de aquello que excede la historia. *Tiempo pleno* del que emergen las revoluciones o, como fuera teorizado por el joven Nietzsche, *bruma a-histórica* que rodea toda acción y la hace posible. Quizá se pueda leer en el concepto de lo *arcaico*, que Tatián propone en algunos textos, una variación metafísica del mismo tema. Dice el filósofo que “algo arcaico se aloja en la rutina de los seres como tempestades, desencadenadas o retenidas. La fuerza de existir que anima las criaturas es arcaica y por ello eficaz, cargada de cosas nuevas. [...] Es lo que yace en el fondo del tiempo –no en el sentido de un inicio o un origen perdidos del que nos hemos alejado, sino en el fondo de cada instante–; lo que yace, más bien, en el trasfondo del tiempo, lo que el tiempo trae y carga a su pesar. [...] No existe poder, ningún poder, que se halle a salvo de ser vulnerado por lo arcaico” (Tatián, Diego, *Baruch*, Buenos Aires, La cebra, 2012, p. 18). Potencia del Ser que habita los seres como tormenta posible, fuerza de existir que insiste y rechaza todo orden que disminuya o limite su potencia de obrar. Tal la potencia de ciertos pasados cargados de futuro.

Hemos invocado el tiempo mesiánico de Benjamin, la bruma a-histórica de Nietzsche, y lo arcaico de Tatián. Coordenadas posibles para una filosofía de la historia que no teme apoyarse en formulaciones metafísicas, sino que las afirma como parte inescindible de la creación filosófica. Con ese telón de fondo quisiéramos recorrer el

libro *La incomodidad de la herencia. Breviario ideológico de la Reforma Universitaria*, donde Tatián aborda un problema mayor para cualquier pensamiento comprometido con el presente: ¿cómo narrar un *acontecimiento* político?, ¿qué se conmemora al recordar ciertas fechas históricas?, ¿una simple efeméride o la plena irrupción de lo *arcaico*, que obliga no solo a narrar un hecho del pasado, sino a pensar su *insistencia* en el presente y, por qué no, a preguntarse por las semillas de futuro que aún porta?

Este año se cumple el Centenario de la Reforma Universitaria y se multiplican las conmemoraciones. Pero a pesar de los intentos oficiales por reducir la gesta del 18 a un hecho pedagógico en sentido reducido, de meros cambios formales y técnicos, o a una visión mercantilista y profesionalista de los estudios superiores, Tatián insiste en lo incómodo de esa herencia. Incómodo para el poder instituido, se entiende. Muy especialmente para las fuerzas coronadas por la era cambiemita. En este contexto, dice el filósofo, “[m]antener vivo el legado reformista en lo que tiene de más esencial podría requerir la construcción de una nueva encrucijada de pensamiento, militancia y compromiso desde la que enfrentar los poderes que bloquean la irrupción de la igualdad social” (p. 18). Pensamiento, militancia y compromiso por una Universidad democrática en sentido fuerte, es decir, que cobije y fortalezca la potencia instituyente que atraviesa lo común. Ese es, en esencia, el legado reformista que se propone rescatar en este libro –rescatar, en primer lugar, de su apropiación (y desviación) neoliberal.

A contrapelo de cierta versión protocolar que circula por los eventos oficiales, Tatián se interna en los aspectos más intratables de esa herencia de la manera más efectiva: poniendo a disposición y pensando el archivo. El libro se compone de un ensayo

a cargo del propio Tatián (“El trabajo con la herencia”), y una serie de veinte “Apuntes reformistas”. Estos fragmentos no siguen una cronología lineal, ni pertenecen exclusivamente a testimonios de la época. Tampoco se limitan a recoger las voces de los protagonistas del movimiento estudiantil del 18. Componen más bien un mosaico heterogéneo, cuyo principal objetivo radica en mostrar, como diría una vez más Benjamin, las “astillas de tiempo mesiánico” incrustadas en esa constelación histórica que llamamos “Reforma Universitaria”. Como se trata de desplegar justamente las aristas más cortantes del acontecimiento, el texto sigue una lógica fragmentaria, que avanza por ecos y desvíos, resonancias y guiños intergeneracionales, en una geografía que se extiende por todo el suelo latinoamericano. El mandato que cierra el fragmento de Ernesto “Che” Guevara, extraído de un discurso ante los estudiantes cubanos en 1959, resume la paradójica temporalidad que aquí se intenta pensar: “investiguen la vida futura, futura pero ya pasada, desde el momento en que se inició la reforma del dieciocho hasta ahora” (p. 64). Intentemos atajar, junto a Tatián, la flecha que nos envía el revolucionario argentino desde esa época que parece tan lejana.

Uno de los aspectos más incómodos –y por lo tanto, casi siempre silenciado– de la Reforma fue su costado violento. El primer “apunte reformista” lo muestra sin ambigüedad. Se trata de una entrevista de 1998, donde Juan Filloy relata los “actos insurreccionales” protagonizados por los estudiantes, donde ocurrió “lo que debe suceder en toda revolución: depredaciones, actos un poco vandálicos” (p. 27), como “romper sillones y el cuadro de Trejo”, ya que “el espíritu de la revolución latente caldeaba los ánimos de los muchachos” (p. 28). Tatián insiste en mostrar esa violencia

como puerta de acceso al acontecimiento desde las primeras líneas de su ensayo. Primera provocación del libro. Sobre todo si se considera que el Centenario de la Reforma nos sorprende en un contexto donde la condena y el ninguneo de estudiantes y docentes en estado de movilización es moneda corriente, objeto de disputa para *ratings* televisivos de la más baja estofa. Es relevante recordar, entonces, que durante la tan unánimemente celebrada Reforma, los estudiantes “mantuvieron tomada la Universidad, declararon de inmediato la huelga general, y durante varias horas ejercieron la más desopilante irreverencia” (p. 10).

Otro componente fundamental de la insurrección dieciochesca fue su carácter marcadamente obrerista. Desde sus comienzos, las organizaciones estudiantiles estuvieron íntimamente ligadas al movimiento obrero y abrazaron las numerosas huelgas de las que fueron contemporáneos. El mundo obrero, por su parte, apoyó la lucha por la Reforma Universitaria. En este sentido, en un texto de 1925 sobre el carácter económico del movimiento, Mariano Hurtado de Mendoza fue categórico: “al lado del obrero: he ahí el verdadero lugar del reformista” (p. 42). ¿La Reforma del 18 como precursora oscura de la alianza obrera-estudiantil del mayo francés? No parece tan arriesgado afirmarlo.

La palabra “revolución” circula frecuentemente por los fragmentos seleccionados, retomando una fibra que ya estaba presente en las primeras líneas del Manifiesto Liminar (“estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”). “Obrerismo” y “violencia” se dicen, entonces, de una gesta que también se consideró a sí misma, en palabras de Mariátegui, como “la afirmación del «espíritu nuevo», entendido como «espíritu revolucionario»” (p. 45). O bien, en la pluma de

Manuel Ugarte, como “anuncio del glorioso incendio que se avecina” (p. 50). El aviso de incendio se propagó tanto espacial como temporalmente. Así, por ejemplo, el dirigente peruano Haya de la Torre encontró en el movimiento cordobés la “principal inspiración para el surgimiento del APRA” (Alianza Popular Revolucionaria Americana), partido fundado en 1924, “de clara impronta latinoamericana y antiimperialista” (p. 38). Asimismo, como destaca Tatián, se puede considerar a la cultura reformista precursora de las militancias más recientes en defensa de los Derechos Humanos, ya que, durante las décadas del 20 y el 30, numerosos reformistas estuvieron comprometidos en la lucha por la libertad de presos políticos.

Aún en otra deriva, y dada su afinidad con la Revolución Rusa, la cultura reformista envía un guiño a través de los tiempos al que quizá sea el movimiento político más vital y potente de los últimos años: el feminismo. Así lo testimonia un fragmento del artículo “La socialización de la mujer en Rusia”, publicado originalmente en *La gaceta universitaria. Órgano de la Federación Universitaria de Córdoba*, el 18 de agosto de 1919, poco más de un año después de la publicación del *Manifiesto Liminar* en la misma revista (pp. 31-32). En todos estos sentidos, la “cultura reformista promovió una activación militante de instituciones contra las relaciones de dominación imperantes –que, con modalidades diferentes, tanto en 1918 como en 2018 llevan el nombre de capitalismo” (p. 17).

Otro acierto del libro es poner en circulación el archivo visual al lado del escrito. El tejido textual incluye en su urdimbre una serie de imágenes que otorgan visibilidad a otros matices del acontecimiento. En efecto, si la experiencia de una “universidad común” (p. 23), es decir, una universidad hospitalaria con lo múltiple socio-cultural,

solo puede pasar por la construcción de un nuevo "sistema de vínculos" (p. 22), las imágenes muestran un recorrido posible por el complejo sistema de *relaciones acontecimentales* que dan consistencia a la bruma a-histórica que rodea el signifiante "Reforma Universitaria". Entre los documentos escritos se intercalan, así, fotografías de un grupo de partisanas soviéticas (p. 31), una esquina porteña durante la "semana trágica" (p. 33), la toma de la UNC en 1918 y 2016 (p. 35), una reunión de FORJA (p. 59), el "Che" Guevara recibiendo un Doctorado Honoris Causa en 1959 (p. 63), y otras.

En este Centenario, el fantasma de la Reforma recorre la República Argentina. Con autoridades que claman abiertamente por el cierre de las Universidades Públicas, que niegan al pobre no solo el acceso a la educación superior sino incluso la facultad de pensar, resulta imperioso responder a la interpelación de este acontecimiento y estar a la altura de su demanda. Es que, así como los espectros revolucionarios insisten, los monstruos reaccionarios hacen lo propio. Si la débil fuerza mesiánica está siempre volviendo, entonces, es quizás porque el reino del Anticristo, como también le gustaba decir a Benjamin, nunca termina de morir –es posible que su vitalidad no consista más que en ese perpetuo morir que mata–. Algo análogo se vio ya en los tempranos años 20, cuando la "reacción había cambiado de táctica. Viendo que no era posible detener la corriente, procuró desviarla", en un intento desesperado –pero coyunturalmente exitoso– por conservar "algunos puestos de comando hasta que llegare el momento oportuno" y "circunscribir el movimiento a un simple problema pedagógico", para finalmente "aislar el movimiento estudiantil de sus vinculaciones populares" (Gregorio Bermann, citado en p. 62). No hay "fidelidad y reinvención" (p. 11)

de la herencia revolucionaria sin atención por el resurgir de esa otra herencia, la de la reacción. No estamos entonces ante una visión nostálgica del 18, sino ante la invocación a una comunidad hospitalaria, *en el presente*, con esa potencia emancipatoria que late en la herencia reformista.

Cuando se trata de pensar el lazo que une la cultura reformista con el presente, el filósofo no podría ser más claro. "En el siglo XXI, la autonomía universitaria afronta riesgos mayores que los poderes políticos y religiosos contra los que fue reivindicada y practicada en 1918. El mercado financiero, los organismos internacionales de crédito [...], las empresas transnacionales y otras corporaciones económicas e institucionales que operan para la mercantilización del saber, son los poderes que en la actualidad más vulneran su persistencia cada vez más frágil" (p. 14). Frente a esto, el legado antiprofesional del reformismo –otro de sus bordes filosos– resulta fundamental. En efecto, el rol de la Universidad Pública no se puede limitar a formar profesionales según las necesidades del mercado sino que debe, por sobre todas las cosas, constituir territorios de ciudadanía y pensamiento crítico, puntos de reparo para la producción de saberes "inútiles". En esa línea, Tatián se pregunta si es posible una universidad que resguarde espacios de *interrupción* de la reproducción del capital y de la conversión de todo lo que hay al equivalente general del dinero. ¿Es posible pensar una Educación Superior que fomente la producción de lo "sin precio" (p. 20), aún en el seno de un sistema en el que todo "se puede comprar y vender" (p. 21)? Esta apuesta paradójica anima el "trabajo con la herencia" que aquí se propone. Afirmación de una Universidad como pura donación y cultivo del resto *inapropiable* que vibra en la producción de todo saber.

El trabajo con el legado asume que no hay repetición sin diferencia. Pero también, que no hay diferencia que no esconda una repetición. Visitar el pasado, hurgar en el archivo, supone tomar posición en el campo de batalla de la memoria. Se trata, finalmente, de estar a la altura del Acontecimiento. O como diría Nietzsche, de un trabajo activo con la historia que busca reactivar lo vivo del Acontecimiento, evitando transformarlo en pieza de museo o efeméride. Este libro resulta, ya desde su portada sanguinolenta, un llamado en ese sentido. En la pluralidad de voces que en él se dan cita resuena un grito que insiste a través de los tiempos, "un grito de guerra contra la oligarquía... La consigna era [agregamos nosotros: es]: abrir la Universidad al pueblo" (extracto de las *Memorias* de Miguel Contreras, citado en p. 30).